



María de la O Lezárraga y su exilio argentino

María de la O Lezárraga and her Argentine Exile

Isabel Lizarraga Vizcarra

Instituto de Estudios Riojanos

La Rioja, España

islizarr@gmail.com

Juan Aguilera Sastre

Instituto de Estudios Riojanos

La Rioja, España



<https://orcid.org/0000-0001-9534-2086>

juanaguilera.sastre@gmail.com

Resumen

María de la O Lezárraga (1874-1974) fue una de las escritoras españolas más relevantes del siglo XX. Maestra, novelista, dramaturga, ensayista y traductora, la mayor parte de sus obras aparecieron en España con el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra (1881-1947), cuyos apellidos adoptaría finalmente como firma literaria. Fueron dos protagonistas esenciales de la historia del Modernismo en España, no solo por sus textos originales, sino también fundando revistas literarias y editoriales y colaborando con los músicos más importantes del momento. María también desarrolló una importante labor como traductora y, al margen de su

dedicación a la literatura, fue feminista militante y protagonista en diversas asociaciones femeninas, diputada a Cortes durante la Segunda República y una de las plumas imprescindibles de la literatura del exilio de 1939, especialmente en Buenos Aires, donde residió desde 1951 hasta su muerte. Este artículo repasa de manera sucinta su trayectoria vital en España, atendiendo a las diferentes facetas de su intensa actividad literaria, feminista y política, y se centra sobre todo en su exilio en la Argentina, que comenzó cuando había sobrepasado los 76 años: su lucha por reinventarse como escritora y por vivir de su trabajo en la prensa, en la radio y como traductora, ya que no logró estrenar su teatro en los escenarios porteños. Cierra nuestro estudio la breve relación que mantuvo con la provincia de Mendoza, donde disfrutó del veraneo en los años 1953 y 1954 y siguió trabajando en proyectos poco conocidos hasta ahora.

Palabras clave: María Lezárraga, modernismo, feminismo, exilio republicano, Mendoza

Abstract

María de la O Lezárraga (1874–1974) was one of the most influential Spanish writers of the 20th century. A teacher, novelist, playwright, essayist, and translator, most of her works were published under the name of her husband, Gregorio Martínez Sierra (1881–1947), whose surname she eventually adopted as her literary pseudonym. Together, they played a central role in the development of Spanish Modernism, not only through their original writings, but also by founding literary magazines and publishing houses. They also collaborated with leading composers of the time. In addition to her literary output, Lezárraga was an active translator, a committed feminist involved in various women's associations, and a member of parliament during the Second Spanish Republic. She later became a prominent voice among the exiled writers following the Spanish Civil War, particularly in Buenos Aires, where she lived from 1951 until her death. This article offers a concise account of her life and work in Spain, emphasizing her multifaceted engagement with literature, feminism, and politics, and focuses especially on her Argentine exile, which began when she was already in her late seventies. It examines her efforts to reinvent herself as a writer and to make a living through journalism, radio, and translation, as she was unable to stage her plays in Buenos Aires theaters. The article concludes with a brief exploration of her connection to the province of Mendoza, where she spent the summers of 1953 and 1954 and continued working on little-known projects until the final years of her life.

Keywords: María Lezárraga, modernism, feminism, republican exile, Mendoza

María de la O Lezárraga García, María Martínez Sierra, como ella quiso ser conocida en la esfera pública, nació en San Millán de la Cogolla (La Rioja) el 28 de diciembre de 1874 y murió en Buenos Aires el 28 de junio de 1974. Muy pronto su familia se trasladó a Madrid y a los trece años comenzó sus estudios en la Escuela de Comercio. En 1891 ingresó en la Escuela Normal Central de Maestras de Primera Enseñanza de Madrid, donde obtuvo los títulos de Maestra Elemental (1893), Maestra Superior (1894) y Maestra de Primera Enseñanza Normal (1895). En 1896 obtuvo su primera plaza por oposición, que un año más tarde revalidaría en la Escuela Modelo Municipal. Allí creó una Biblioteca Educativa en la que iba a publicar el único libro que firmó con su nombre de pila: *Cuentos breves. Lecturas recreativas para niños* (1898; Lizárraga, 2004). Su trabajo como maestra, su vocación más verdadera, se extendió hasta 1908, cuando obtuvo la excedencia para dedicarse exclusivamente a la literatura.

La vena literaria de María Lezárraga comenzó a encauzarse a raíz de su amistad con Gregorio Martínez Sierra, nacido en 1881. Su biografía como escritora está tan íntimamente unida a él que, hasta su muerte en 1947, se confunde en una única firma, la de Gregorio. Se habían conocido en Carabanchel en 1897 y acabarían casándose el 30 de noviembre de 1900, cuando la pareja ya había publicado tres libros de poética modernista, además del ya citado de *Cuentos breves*, todos con la firma de Gregorio Martínez Sierra: *El poema del trabajo* (1898), *Diálogos fantásticos* (1899) y *Flores de escarcha* (1900). A partir de entonces, la labor literaria de la pareja adquirió un ritmo frenético. La firma “G. Martínez Sierra” comenzó a hacerse cada vez más habitual en revistas y páginas literarias de los periódicos, se editaron sus primeras traducciones y vieron la luz sus primeras novelas: *Almas ausentes* (1900), *Horas de sol* (1901), *Pascua florida* (1903), el

volumen de novelas cortas *Sol de la tarde* (1904), *La humilde verdad* (1905), *Tú eres la paz* (1906), su primer éxito de envergadura; publicaron libros de ensayo y de prosa poética: *Hamlet y el cuerpo de Sarah Berhardt*, *La tristeza de don Quijote*, *Motivos* (los tres de 1905), *La feria de Neuilly* (1906); hicieron su primera tentativa de teatro modernista: *Teatro de ensueño* (1905); y, paulatinamente, fueron hallando un lugar, cada vez más reconocido, en el ambiente literario del Madrid modernista del momento no solo en tertulias y conciliábulos poéticos, sino también a través de la fundación de revistas literarias como *Vida Moderna* (1901), *Helios* (1903-1904) y *Renacimiento* (1907).

Coincidiendo con la decisión de abandonar el trabajo de maestra para dedicarse por entero a la literatura, la producción de los Martínez Sierra comenzó a orientarse preferentemente hacia el teatro, medio por el que sentían una especial predilección. Poco a poco, su amistad con Jacinto Benavente, Santiago Rusiñol y los hermanos Álvarez Quintero les fue abriendo los escenarios más propicios para el triunfo, primero discretamente a través de traducciones, después con producciones propias: *Vida y dulzura* (en colaboración con Rusiñol, 1907), *Juventud, divino tesoro* (1908), *La sombra del padre* (1909), *El ama de la casa* (1910) y el éxito definitivo, *Canción de cuna* (1911). El otro gran éxito teatral de los Martínez Sierra ese año prolífico en que, además de publicar *Pasión lunática* (novelas cortas) y *Granada. Guía emocional*, también estrenaron *La suerte de Isabelita*, *Lirio entre espinas* y *El palacio triste*, fue *Primavera en otoño*, estrenada por María Guerrero en el teatro de la Princesa el 3 de mayo, con la participación de una joven actriz, Catalina Bárcena. Su relación sentimental con Gregorio, que debió comenzar poco después, arruinaría al cabo su matrimonio con María, aunque no su peculiar “comunidad espiritual” y literaria.

Gregorio y María se mantuvieron oficialmente unidos y siguieron produciendo al mismo ritmo frenético de años atrás, pese a su separación definitiva en 1921, poco antes del nacimiento de la hija de Gregorio y Catalina en febrero de 1922. Pero en tanto que María había abandonado su trabajo de maestra para dedicarse íntegramente a la escritura, Gregorio fue asumiendo otras múltiples ocupaciones, como las ya aludidas: la fundación de revistas, la creación y dirección literaria de editoriales de prestigio como *Renacimiento* (1910) o *Estrella* (1917) y, sobre todo, la práctica teatral con su Compañía Lírico Dramática, que entre 1916 y 1926 pondría en marcha el renovador Teatro de Arte en el madrileño Teatro Eslava, con giras por toda España y, hasta 1930, por los principales países hispanoamericanos. Consecuentemente, la participación de Gregorio en la escritura de los numerosos libros que en estos años aparecieron con su firma tuvo que ir decreciendo por necesidad, hasta llegar a ser mínima a partir de 1915 (Aguilera, 2023, pp. 90-101).

El teatro de la firma Martínez Sierra pronto afianzó su triunfo en los escenarios españoles con un torrente de comedias: *Madame Pepita y Mamá* (1912), *Madrigal* y *Los pastores* (1913), *La mujer del héroe* y *La pasión* (1914), *Amanecer* (1915), *El reino de Dios* (1916), *Navidad* y *Para hacerse amar locamente* (1916), *Esperanza nuestra* y *La adúltera penitente* (1917), *Rosina es frágil* y *Sueño de una noche de agosto* (1918), *El corazón ciego* (1919), *Don Juan de España* (1921)... Además, la dedicación de Gregorio al trabajo de dirección escénica abrió nuevos caminos a la producción dramática de la pareja, a través de la colaboración con los principales músicos del momento: *La Tirana* (1913), con el maestro Lleó; *Las golondrinas* (1914) y *La Llama* (1918), con José María Usandizaga; *Margot* (1914) y *Jardín de Oriente* (1923), con Joaquín Turina... Pero sus éxitos más resonantes, tanto en España como en el mundo entero, estuvieron ligados

a la figura de Manuel de Falla y a un género nuevo, el *ballet* moderno, reinventado por el coreógrafo ruso Serge Diaghilev. La gitanería titulada *El amor brujo*, interpretada por Pastora Imperio en 1915, se convirtió en *ballet* de éxito universal tras su estreno en París en 1925 por Antonia Mercé, *La Argentina*. Algo similar ocurrió con la pantomima *El corregidor y la molinera* (1917), que pronto incorporó Diaghilev al repertorio de sus Ballets Rusos con el título *The Three Cornered Hat* (1919), tras un apoteósico estreno mundial en el londinense Teatro Alhambra, con decorados y figurines de Pablo Picasso.

Otro frente en el que María Lejárraga desarrolló una intensa actividad en esos años de triunfo literario fue el feminista. También en este ámbito la firma de Gregorio difuminó en parte su protagonismo, aunque nadie duda de que los textos feministas de la firma “G. Martínez Sierra” se deben por entero a la pluma de María. Sus planteamientos feministas quedaron reflejados en sus obras narrativas y dramáticas, hasta que, en 1915, animada sin duda por la efervescencia del movimiento feminista internacional, cuyos ecos se percibían cada vez con más insistencia en España, se decidió a dar el paso decisivo. La larga serie de artículos y entrevistas aparecidos en *Blanco y Negro* y en *ABC* entre 1915 y 1917 daría lugar a tres libros que condensan la teoría feminista de María Lejárraga y su ingente labor de difusión del feminismo internacional entre las mujeres españolas: *Cartas a las mujeres de España* (1916), *Feminismo, feminidad, españolismo* (1917) y *La mujer moderna* (1920). Su activismo se plasmó en la progresista *Unión de las Mujeres de España*, creada en 1919 y presidida por la Marquesa del Ter, la primera asociación feminista española reconocida por la *Alianza Internacional para el Sufragio Femenino* (IWSA). Esta organización designó a Madrid como sede del que iba a ser su VIII Congreso en 1920 y María ocupó la Secretaría de la Comisión Organizadora del mismo. Finalmente, la beligerancia de las asociaciones femeninas conservadoras y la oposición de los sectores más reaccionarios de la sociedad española

impidieron su celebración, que tuvo que trasladarse a Ginebra (Aguilera y Lizarraga, 2010). También fue una de las fundadoras del Lyceum Club de Madrid en 1926 (Aguilera, 2011). Paralelamente, prosiguió en su empeño de difundir los ideales feministas, tanto a través de sus textos teatrales como de sus artículos en *ABC* entre 1929 y 1930, siempre bajo la firma “G. Martínez Sierra”, que darían lugar a libros tan significativos como *Eva curiosa. Libro para mujeres* (1930) y *Nuevas cartas a las mujeres* (1932).

En los años veinte, la dedicación de María a la literatura se redujo sensiblemente, refugiada en su casa de Cagnes-sur-Mer, cerca de Niza, donde pasaba buena parte del año. Hastiada del mundillo teatral, apenas un puñado de títulos salieron de su pluma, cada vez más crítica y feminista: *Mujer* (1924), *La torre de marfil* y *La hora del diablo* (1925), *He tenido suerte* (1928), *Seamos felices* (1929), *Triángulo* (1930) o *Sortilegio*, la última comedia que escribió para la compañía teatral de Gregorio, que se estrenó en el Teatro de la Ópera de Buenos Aires el 25 de julio de 1930 y nunca llegó a los escenarios españoles.

La proclamación de la Segunda República supuso un cambio radical en la vida de María Lezárraga. Desde el primer instante se dedicó en cuerpo y alma a trabajar por la causa republicana y abandonó prácticamente todas las actividades literarias que hasta entonces la habían ocupado. Casi de inmediato se afilió al Partido Socialista Obrero Español, al que siempre se sintió ideológicamente vinculada. En mayo de 1931 dictó un curso sobre política y feminismo, origen de *La mujer española ante la República*, el primer libro firmado con el nombre literario que mantendría ya hasta su muerte, María Martínez Sierra. Desde junio de ese mismo año presidió el Patronato de Protección a la Mujer. También en junio de 1931 lanzó la idea de la que sería su gran obra feminista republicana:

la Asociación Femenina de Educación Cívica, cuyas actividades se extendieron hasta 1936 (Martínez Sierra, 2006).

Su militancia socialista se plasmó en lo que ella llamó su labor de «propagandista», en artículos periodísticos, charlas en las Casas del Pueblo y mítines con los que trató de atraer el voto femenino hacia posiciones progresistas. A petición de Fernando de los Ríos, en las elecciones de 1933, las primeras en las que las mujeres tenían derecho al voto en España, fue candidata socialista por la circunscripción de Granada y obtuvo el correspondiente escaño en el Congreso de los Diputados. Abandonó su labor parlamentaria a raíz de la represión de la revolución de octubre de 1934, aunque colaboró en la ayuda a los represaliados y huérfanos desde la Asociación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, a partir de entonces llamada Pro Infancia Obrera. Participó en numerosas actividades antifascistas y en la campaña por la abolición de la pena de muerte. En las elecciones de febrero de 1936 fue precandidata socialista por Madrid, aunque finalmente no logró integrar la candidatura del Frente Popular, para el que realizó una intensa labor de propaganda en numerosos mítines (Martínez Sierra, 2019).

Una vez iniciada la Guerra Civil por el golpe de estado de julio de 1936, María Lejárraga salió de España en octubre de ese mismo año para desempeñar el cargo de agregada comercial en Suiza del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio, con residencia en Berna. Se iniciaba así el largo exilio de María Lejárraga, que nunca volvería a España. Se mantuvo en su cargo hasta mayo de 1937. Pocos meses más tarde, se encargó de la acogida de niños republicanos en Bélgica, hasta abril de 1938, cuando regresó a su casa de Niza en compañía de su hermana Nati. Allí asistió, impotente, a la derrota republicana, al terrible exilio de miles de compatriotas y al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, que agravaría hasta extremos insospechados su vida de exiliada. Fueron años plagados de penurias y

preocupaciones: la vida semiclandestina, el aislamiento de familiares y conocidos, las privaciones de todo tipo, la enfermedad de su hermana Nati, unas cataratas que la dejaron casi ciega durante largo tiempo, fueron minando su resistencia hasta que sus amigos socialistas lograron rescatarla de la miseria en que sobrevivía al lado de su hermana. A través de ellos pudo también localizar a Gregorio Martínez Sierra, exiliado en Argentina, quien comenzó a enviarle dinero y víveres. Su actividad política en esos años fue escasa, pero pronto volvió a escribir en algunos periódicos y a hacer nuevos planes literarios (Aguilera, 2019, pp. 40-49).

La muerte de Gregorio el 1 de octubre de 1947 la obligó a tomar conciencia, quizás por vez primera, de la cruda realidad a que iba a enfrentarse a partir de entonces: que, como escritora, no existía realmente, puesto que su marido era el único que había detentado públicamente tal condición. Era, como ella misma comenzaba a reconocer, una muerta en vida, y le resultaba muy complicado hallar mercado para sus escritos. El proyecto de publicar en España con la editorial Aguilar sus *Obras completas* se frustró por la oposición de Catalina Bárcena y su hija, la legítima heredera de Gregorio. Y Francia tampoco era el lugar más idóneo para difundir su obra, de manera que, una vez se recuperó de su operación de cataratas en 1948 y comenzó a retomar seriamente la creación literaria, decidió poner rumbo a América.

El exilio en Buenos Aires

El 6 de septiembre de 1950 embarcaba María Lezárraga en Génova con destino a Nueva York. Allí pasó una breve temporada antes de viajar a Tempe (Arizona), donde vivía su amiga y traductora Collice Portnoff. Gracias a ella logró que se estrenara su comedia *Es así*, con el título *That's the Way Life Is*, en el State College de Tempe, el 15 de noviembre de ese mismo año. Tras un breve paso por Hollywood en navidad, partió hacia

México a finales de enero de 1951. Pero pronto tomó la decisión de asentarse en la Argentina. El 25 de septiembre de ese mismo año partía en avión hacia La Habana, donde pasó dos días, y de allí, también en avión, a Buenos Aires, adonde llegó tras un viaje de 27 horas, con escalas en Puerto España, Belén y Río de Janeiro. En la capital porteña residía su sobrino Jaime, delegado de la editorial Aguilar, que fue su gran soporte, si bien ella vivió siempre de manera independiente en hoteles, primero el Lancaster, más tarde el Regis y finalmente el Deauville. En Buenos Aires vivió los últimos veintitrés años de su larga existencia.

Optimista por naturaleza, así transmitía a su familia su primera impresión de la ciudad:

Aquí estoy. Veremos lo que da de sí la suerte [...].

Buenos Aires me gusta también: es otra cosa; no se parece a América, sino a Europa; recuerda en parte a París y en parte a Madrid; no tiene nada de aspecto colonial ni pintoresco, pero está muy cuidada, limpia [...], parece un paraíso. Estoy en un hotel muy bonito, limpio y bien atendido, que se parece a los de Norteamérica.

La vida, como el peso argentino está por ahora tan bajo, resulta un poco más barata que en México. Aunque es primavera, hace ya bastante calor. El cambio de los dos mil quinientos metros de altura al nivel del mar, me causa un sueño profundo [...].

El paisaje es monótono y el mar tiene un color sucio y feo por las arenas que arrastra el río; en México el paisaje es magnífico y el clima delicioso, pero creo que estaré aquí más contenta porque este es un país civilizado.

Estas son hasta ahora todas mis impresiones. Ya iremos viendo (Lejárraga, 2021, pp. 196-197).

Una primera impresión que se mantuvo viva a lo largo de los años, en parte por puro pragmatismo, dada su inestable situación laboral y económica, en parte por la resignación a que la abocaron tanto su avanzada edad como la persistencia de la dictadura franquista. Unos años más tarde, insistía en un artículo publicado en la revista *Maribel* (Martínez Sierra, 1957): “Me gusta Buenos Aires”; y añadía:

La primera sensación grata con que me agasajó la urbe gigante no fue, por cierto, urbana, sino campesina. Descendió el avión sobre el aeródromo. Abrieron las puertas y, al poner el pie sobre la escalerilla de aterrizaje, diome en el rostro una oleada de aire fragante. ¡Olía a pradera!... Hay que saber que las praderas... asturianas, inglesas, suizas (las nombré en el orden en que fui conociéndolas en mi madre Europa) han sido una de las grandes pasiones de mi vida animal-sentimental. ¡Olía a heno recién cortado, tal vez el más puro de los inciensos de la tierra! Respiré hondamente, con pausa primero, con prisa después, queriendo henchirme el pecho del olor pacífico (p. 6).

Aseguraba que “otro hechizo de la ciudad, este casi tan alterante como una emoción, es que en ella no existen estaciones” (p. 6), ya que los días de calor ardiente se compensan de improviso con el viento helado de la Patagonia y los días de invierno se caldean intempestivamente con el influjo del “corcel del Norte” que lleva los calores del Trópico. Un clima que no siempre le agradaba, pero que tampoco quería ver como un problema, pues lo que importaba era vivir: “Vivamos gratamente, ya que se nos otorga el privilegio [...]. *Porque vivir es mejor*. Este parece ser el más adecuado lema para el escudo de Buenos Aires. Sí, vivir aquí es mejor para todos los gustos” (p. 10), incluido el suyo, en parte porque la ciudad se le presentaba como síntesis y compendio de lo que había sido su vida por el ancho mundo: la plaza de San Martín le recuerda la *Rue de la Paix* de Bruselas; el tranvía o trolebús es el mismo que

recorre los *boulevares* altos de la capital belga; la Avenida del Obelisco le sugiere París; la Plaza del Congreso bonaerense y la calle Rivadavia evocan Lyon; las grandes Galerías nos llevan a Milán, las tabernas del Bajo, a Génova, y los puentecillos volantes, a Italia; cuando suena un melancólico tango reproduce la angustia del pueblo eslavo... y, por último, además de que la calle Florida a la hora ritual del paseo es ciertamente muy parecida a la calle principal de cualquier capital de provincia española, los soportales de Leandro N. Alem y la plaza donde se alza el Cabildo parecen estar diciendo a voces: “¡España!, ¡España!”. Veía Buenos Aires como el crisol donde “hombres de tantas lejanas patrias” habían logrado cuajar “los sueños que traían dormidos como imposibles en el corazón”, convirtiéndola en “el mosaico prodigioso que la hace diferente de todas las ciudades del mundo. Urbe fantasmagórica, forjada con los anhelos y el esfuerzo de los que no nacieron en ella” (p. 10; véase Lizarraga, 2013).

A tan avanzada edad (estaba a punto de cumplir 77 años cuando llegó a Buenos Aires), no pueden sino sorprendernos su energía, su vitalismo, su deseo de continuar trabajando para seguir sintiéndose viva, su temeraria decisión de comenzar de nuevo lejos del que había sido hasta entonces su mundo y su hogar, su voluntad inequívoca de dejar atrás el pasado para enfrentarse a un presente y un futuro plagados de desafíos y de incertidumbres. El primer gran desafío era, como hemos señalado, reinventarse como escritora, dejar de ser “un fantasma”, resucitar de nuevo para hacerse un hueco en la vida, pues como le decía en una carta a Magda Donato en 1952, “aquí todo el mundo cree o finge creer que yo no soy yo [...]. Por lo visto mi amado esposo había hecho correr, en los ocho años de estancia en la Argentina, la noticia de que había muerto, y ahora no consigo resucitar. ¡Es tragicómico!” (Rodrigo, 2024, p. 381).

El segundo reto importante consistía en lograr vivir de su trabajo. Pese a las dificultades, desde muy pronto logró la suficiente estabilidad e independencia como para sobrevivir dignamente. Por fin, pudo ver publicados sus dos libros de memorias, que había comenzado en Niza, *Una mujer por caminos de España* en el propio Buenos Aires (1952) y *Gregorio y yo* en México (1953). Sin embargo, sus esfuerzos por ver representado su teatro resultaron baldíos, por más que Alejandro Casona le presentara a la actriz Ana Lasalle, quien acogió “con cariño” a la autora y mostró interés por estrenar *Es así*, pero finalmente, como recordó en las palabras de introducción a *El amor vuela*, “la primera actriz rompió espectacularmente con el empresario, y mi infeliz comedia se hundió en desastre” (Martínez Sierra, 2009, pp. 105-106). Algo similar sucedió con otra comedia nueva, inicialmente titulada *Para casarse hay que ser viuda [El amor vuela]*, y con la que escribió expresamente para Lola Membrives, *El buen tirano*. Incluso para publicar su obra tuvo dificultades, como le ocurrió con *Tragedia de la perra vida*, que no pudo ver en forma de libro hasta 1960, pese a que en 1954 ya la tenía concluida y buscaba, resignada a no estrenarla, editor para ella, según le comunicaba a Collice Portnoff: “Todos los editores de aquí que la han leído dicen que es magnífica... pero ninguno se decide a publicarla” (Aguilera, 2022, p. 292) Finalmente, su producción teatral del exilio quedó reducida a dos volúmenes: el de teatro infantil *Viajes de una gota de agua* (1954), que contiene, además del texto que le da título, las comedias *Merlín y Viviana o La gata egoísta y el perro atontado* y *En busca de una peluca* (Lejárraga, 2018); y *Fiesta en el Olimpo y otras diversiones menos olímpicas* (1960), donde incluyó *Tragedia de la perra vida*, las comedias *El amor vuela* y *Es así*, el cuadro lírico *Sueños en la venta* y los doce textos, dialogados y narrativos, que agrupó bajo el título de *Televisión sin pantalla*. El resto de su obra quedó sepultada en las páginas de revistas y periódicos o entre los papeles inéditos de su archivo hasta que la recuperamos en el volumen 40 de la

Biblioteca del Exilio que publica la editorial Renacimiento, donde incluimos además algunos otros textos inéditos importantes: la comedia *El buen tirano*, las “fantasías líricas” *Milagro gitano, Triunfo de la petenera y Muerte de la locura*, y 12 textos dialogados y narrativos, de corte parecido a los de *Televisión sin pantalla*, todos de evidente teatralidad (Martínez Sierra, 2009).

Su principal fuente de ingresos durante este periodo, y el trabajo al que mayor dedicación prestó, fueron las traducciones, tarea fácil para ella y que le garantizaba unos recursos económicos indispensables para sobrevivir dignamente, aparte de los derechos de autor que le devengaban las representaciones de sus obras anteriores. Para Aguilar, Losada, Hachette, Sudamericana y la mexicana Grijalbo tradujo obras de Adamov, Anouilh, Sartre, Mauriac, Ben Jonson, Maeterlinck, Ionesco, Thornton Wilder, Priestley y un largo etcétera, traducciones en muchos casos ejemplares que todavía hoy siguen reeditándose (Aguilera, 2012, 2016).

La prensa y la radio fueron sus dos medios de producción literaria más habitual, aunque, como ella misma reconocía a sus amistades, se trataba a veces de trabajos de escasa entidad, a menudo de pura supervivencia, aunque casi siempre dignamente escritos y de notable interés. Así surgieron no pocos artículos, relatos, algunas piezas teatrales breves, comentarios sobre impresiones y autores españoles (Emilia Pardo Bazán, Galdós, Benavente...) y series originales como *Mis fantasmas* (sobre personajes famosos a los que había conocido), *Cómo sueñan los hombres a las mujeres* (sobre la imagen de la mujer en la literatura masculina; Martínez Sierra, 2009), *La voz del pueblo* (refranes y cantares), *Cartas que no se han escrito*, etc., que fueron emitidas por la Radio Nacional Argentina y por la Radio Municipal de Buenos Aires entre 1959 y 1964 (Aguilera, 2024) y, en muchos casos, impresas después en sus colaboraciones habituales en el diario *La Prensa* o en la

revista femenina *Maribel*. Algunas de sus piezas dramáticas llegaron a emitirse como teatro radiado por sugerencia del director de programas de Radio Nacional, Miguel Gastiarena, así como una adaptación radiofónica de *Rinconete y Cortadillo*, al parecer perdida. Los últimos textos originales suyos de que tenemos noticia datan de 1967, ya nonagenaria.

En Buenos Aires vivió alejada de toda actividad política, aunque mantuvo los vínculos con algunos de sus amigos socialistas y su espíritu inconformista y moderno. En una carta de 1966 a María Lacrampe, por más que asegurase que “la catástrofe es la emperatriz suprema del planeta Tierra”, ofrecía todo un programa de acción positiva:

Me preguntas qué podemos hacer como socialistas. Lo que nos proponíamos hacer, ya lo hemos hecho. Era dar a todos los trabajadores del mundo la conciencia de que son seres humanos y de que, por tanto, tienen los que trabajan tanto derecho a la vida y a los bienes terrestres como los ricos que no trabajan. Esto se lo debemos a Marx, pero el marxismo está ya superado [...]. Ahora, lo esencial es enseñar a la especie humana sus *deberes*. Eso va a ser más peliagudo [...]. Entre tanto, las mujeres socialistas, en nuestro grupo aparte, debemos enseñar, enseñar, sobre todo, una asignatura única: LA SOLIDARIDAD HUMANA [...]. Fundar escuelas, muchas escuelas y cooperativas, muchas cooperativas. [...]. Con un puñadito que aprenda y predique sinceramente, volverá a funcionar la perra vida (Martínez Sierra, 2009, p. 35).

Y en 1967, a punto de cumplir 93 años, escribía otra carta magnífica a su compañero de partido Ramón Lamoneda, en la que volvía a dejar patente su espíritu eternamente joven e inasequible al desaliento, su rebeldía esperanzada y su firmeza en la lucha por un mundo mejor:

Esta es la velita que nunca se apaga: la de la esperanza insensata de que las cosas humanas puedan entrar un poco

en orden; de que la voluntad de un puñado de estafadores no siga llevando a la muerte, al desastre, a la miseria a millones y millones de ciegos que aún no se han dado cuenta de que ellos pudieran remediarlo todo con solo decir: ¡No! Yo, personalmente, he gritado cuanto he podido, y sigo gritando (cuando me lo consienten), a pesar de que tengo ya 92 años y, por lo tanto, muy poquita voz. En fin, me duele España, me duele el mundo entero, me duele el alma... de torera que soy... (Martínez Sierra, 2009, p. 37).

Cuando ya no pudo valerse por sí misma, ingresó en el Sanatorio San Camilo, en la avenida de Ángel Gallardo, donde residió “serena y sencillamente feliz”, rodeada de libros y recibiendo amigos hasta su muerte, tan solo seis meses antes de cumplir los cien años.

Mendoza en la vida de María Lejárraga

Dada su avanzada edad, María Lejárraga no viajó mucho por la Argentina durante esos años de exilio. Sí da noticia en su epistolario familiar de algunas salidas de Buenos Aires, por ejemplo, a Mar del Plata, “una playa de lujo a la que van todos los de Buenos Aires, la mayoría solo por darse el tono con los amigos de haber ido allí a gastar dinero jugando en el casino”, aunque reconocía que “a mí no me gusta gran cosa” (Lejárraga, 2021, p. 378). La primera vez que la visitó, en 1952 para pasar tres días con unos amigos granadinos, aseguraba haberlo pasado muy bien y la describía como un paraje “muy hermoso, terriblemente grande, pero le falta el *chic* de Niza, Cannes o Montecarlo” (Lejárraga, 2021, p. 205). Pero si hubo un lugar especial para ella fuera de Buenos Aires, ese fue Mendoza. A principios de enero de 1953 escribía a su familia para decirles que había ido a pasar una larga temporada en las Termas de Cacheuta y en el camino había conocido la ciudad:

Estos últimos tiempos he trabajado mucho y para descansar –además en Buenos Aires ya empezaba a hacer

demasiado calor— me voy a pasar un mes o mes y medio a las Termas de Cacheuta —un balneario en la montaña al pie de los Andes, cerca de San Juan [...]. Después de 18 horas de tren por la Pampa, que es una llanura bastante fea, me he detenido en Mendoza, la capital de la provincia, que está a 35 kilómetros del balneario: pasaré aquí cuatro días en un hotel muy cómodo a la andaluza. La ciudad es bonita, pequeña, con muchos árboles, tranquila. Me gusta más que Buenos Aires (Lejárraga, 2021, p. 226).

El 19 de febrero, tras más de tres semanas en Cacheuta, regresó a Mendoza, con la intención de permanecer allí hasta el 15 de marzo, no solo por el calor de Buenos Aires sino también porque “estar en Mendoza es como estar en el campo; el hotel tiene una magnífica terraza que da a un pequeño parque y está rodeado de árboles por todas partes”, además de que vivir allí le costaba “justo la mitad que en Buenos Aires, y eso, en tiempos en que es tan difícil ganar pesos, hay que tenerlo en cuenta” (Lejárraga, 2021, pp. 227-228). Se trataba del Hotel Plaza, “con el jardín de la plaza Eva Perón enfrente”, que le hacía sentir que “estoy en un palacio con mi parque particular. El clima me recuerda al de Madrid. Doy muchos paseos yo solita”¹. Aunque su propósito era fundamentalmente el de descansar, no dejaba de dar noticia a los suyos de sus trabajos². En una postal de Los Andes que envió a María Lacrampe el 17 de enero, le decía:

¹ Carta dirigida a María Luisa (probablemente su sobrina política), fechada en Mendoza el 16 de febrero de 1953, inédita (Archivo particular de Antonio Sempere Colomina, a quien agradecemos que nos facilitara una copia). El resto de cartas inéditas que se citan son las enviadas a María Lacrampe, que se hallan en la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón de Madrid y las dirigidas a Collice Portnoff, que nos han sido facilitadas por Laura Ann Hynes. Hacemos referencia en estos casos solamente a la fecha.

² Dos años más tarde, también les habla de una muchacha a la que conoció allí, para la que les había encargado un mantón de Manila: “El mantoncito me gustó mucho y a su destinataria también [...]. Es una muchacha —cuarenta años— judía austriaca cuya familia pereció casi toda en los hornos crematorios de Hitler. La conoció hace dos años

Estoy en este valle, fuera del mundo, al pie de los Andes, cerca de Chile, tomando dos baños calientes diarios contra el reuma. Al paso, desde Buenos Aires, estuve cinco días en Mendoza, que es una ciudad muy bonita y simpática que me recuerda mucho a nuestro Jerez hasta por sus bodegas. A la vuelta, pienso pasar allí otros quince días, así es que no volveré a Buenos Aires hasta fin de febrero, cuando haya pasado lo fuerte del verano. Aquí estamos en un valle a 1.300 metros sobre el nivel del mar tranquilo y silencioso a más no poder. Estoy haciendo unas traducciones y un libro original para niños que espero se publique pronto (17-01-1953).

Y, poco más tarde, el 19 de febrero, le comentaba a su hermano Alejandro: “He trabajado bastante, pero en traducciones, porque, aunque tengo en planta un libro para niños y una novela grande, con el calor no puedo pensar a gusto y he dejado el trabajo serio para el otoño” (Lejárraga, 2021, p. 228). Se refería, por un lado, al volumen *Viajes de una gota de agua*, que iba a publicar la Librería Hachette en 1954. Y, por otro, a una novela “grande” de la que ya hablaba en su carta anterior, el 8 de enero: “Para aprovechar el tiempo (ya que no estreno) en el balneario pienso escribir una novela que ya tengo pensada” (Lejárraga, 2021, p. 226). El 20 de marzo le comentaba a María Lacrampe que iba a regresar a Buenos Aires el día 25, tras una larga y feliz temporada allí:

He pasado el verano parte en las termas de Cacheuta tomando baños calientes contra un poco de reuma, y parte en esta ciudad de Mendoza que es para mi gusto encantadora, y a la cual procuraré volver porque, para vivir,

en los Baños de Cacheuta; dice que le recuerdo a su madre, por lo cual me ha tomado un cariñazo como de hija; vive muy cerquita, en la calle de al lado, y me cuida y se ocupa de mí; siempre está regalándome cositas, enviándome huevos frescos que le trae su lavandera, frasquitos de compota que hace ella; todas las mañanas me llama por teléfono a ver cómo he dormido. En fin, ya que no la pueda querer tanto como ella a mí, porque a mi edad ya no prenden mucho los cariños nuevos, hay que corresponder en atenciones” (Lejárraga, 2021, p. 273).

me gusta muchísimo más que Buenos Aires³. Tiene el cielo y la altura de Madrid y está llena de jardines, arboledas y pájaros.

También insistía en que no todo el tiempo lo había dedicado al ocio: “He trabajado mucho pero en traducciones. Ahora preparo un libro para niños y una novela grande” (20-02-1953). Volvería a aludir a la novela en una carta a Collice Portnoff en junio: “Sigo pensando en mi novela. Será muy interesante (creo) aunque un poco fuerte, pero no tengo tiempo de escribirla porque necesitaría dos meses de no hacer otra cosa” (17-06-1954); más tarde, en septiembre: “Mi novela grande, que tal vez se llamará *La bella y la fiera*, la tengo totalmente pensada, pero con estos trabajos menudos que hago para ganar la vida, no tengo tiempo de escribirla” (12-09-1954); y en otra a su familia en octubre: “Quiero irme al campo para escribir una novela, pero no sé si encontraré editor” (Lejárraga, 2021, p. 242). Todo parece indicar que, finalmente, abandonó el proyecto y no llegó a escribirla.

La experiencia en Cacheuta y Mendoza le resultó tan satisfactoria que al año siguiente no dudó en repetirla. Ya en septiembre le pedía a su familia unos zapatos de tacón alto porque “pienso pasar gran parte del verano en Mendoza y dar paseos” (Lejárraga, 2021, p. 240). Tuvo que retrasar el viaje por una congestión de bronquios que la había dejado “hecha un verdadero trapo”, y el 27 de enero aún estaba en Buenos Aires “sin atreverme a emprender viaje a Mendoza. Me iré en cuanto me sienta con fuerzas” (Lejárraga, 2021, p. 249). El 17 de marzo ya escribía desde allí, y le comentaba a su hermano:

³ Esta es una idea que repite una y otra vez, como en esta carta a Collice Portnoff: “Mendoza es una ciudad en la cual me gustaría más vivir que en Buenos Aires, porque es pequeña, limpia, tranquila y porque me recuerda a España. Claro que iría con mucho gusto a visitarla con usted...” (31-03-1953).

Estoy bien de salud, a Dios gracias. Pienso estarme aquí hasta que me eche el frío, que será en la segunda quincena de abril. Hemos tenido un tiempo delicioso, pero desde hace cuatro días ha vuelto el calor asfixiante. Espero que dure poco. Si no estuvieran en Buenos Aires los chicos y los editores que dan trabajo, me quedaría a vivir aquí. ¡Qué paseos nos daríamos, Alejandro! (Lejárraga, 2021, p. 253).

El veraneo le sirvió también para trabajar. En una carta a Collice Portnoff de primeros de abril, le enviaba un trabajo recién terminado, *El fin del carnaval*⁴, “que he escrito pensando que pudiera servir para [la revista norteamericana] *Collier's*”; y añadía, recelosa porque con otros escritos suyos los editores norteamericanos habían mostrado cierta prevención por “demasiado fuertes” y se habían negado a publicarlos:

He procurado que sea lo más *inocente* posible, que no tenga ningún sentimiento apasionado –ya que mi pasión les parece casi oriental– ni ninguna idea atrevida. En resumen, un platito de *peach and cream* escrito en buen estilo. Da gusto pensar lo escrupulosos que son los directores de *magazines* en la tierra de Faulkner, Hemingway, Williams y Fredéric Wakeman (08-04-1954).

La carta continuaba diciéndole que estaba en Mendoza y, aunque comenzaba a hacer frío, “me da pereza volver a Buenos Aires”, por motivos similares a los que había esgrimido otras veces: que en aquella ciudad “pequeña, limpia y silenciosa” podía “ir sola a todas partes, y no me dan miedo los automóviles”, y que el hotel tenía “una grandísima terraza que da sobre un pequeño parque, así es que me paso la vida al aire libre”. Pero había otra razón más de peso: “Además, tengo ciertos proyectos que le contaré si me salen bien” (08-04-1954). A los pocos días, también le comunicaba a su familia que se

⁴ El texto original mecanografiado, que se conserva en el Archivo María Lejárraga, está fechado en “Mendoza, abril, 1954” y se publicó en la revista *Maribel* el 22-02-1955 (Martínez Sierra, 2009, p. 59 y pp. 539-549).

trataba de un trabajo con un músico lo que la retenía en Mendoza: “Si acabo mis tratos con el músico de aquí, pienso volver a Buenos Aires a primeros de mayo” (Lezárraga, 2021, p. 255). El proyecto no llegó a buen fin, como le explicaba a Collice en la carta siguiente:

Mi gran proyecto era convertir *Para casarse hay que ser viuda [El amor vuela]* en una comedia lírica; ya que no consigo estrenarla como comedia; pensé que, con un músico argentino, él podría tener la influencia necesaria para hacerla representar. Encontré en Mendoza un músico muy bueno: en realidad, es belga, pero está naturalizado argentino hace muchos años, y tiene un puesto oficial en la Universidad como profesor porque es un gran organista; además, persona muy interesante. (Su único defecto es que es un poquito borracho). Leímos la obra: el asunto le gustó mucho, pero quería que le cambiásemos de época, poniéndola a principios de siglo cuando se experimentaba no con los aviones sino con los globos. Y eso no puede ser, porque yo cuando escribo una comedia, aunque sea en broma, le doy a cada personaje su carácter, y en 1900 nadie pensaba, hablaba ni sentía como ahora, y hubiera tenido que rehacer la obra palabra por palabra. Él quiere hacer una ópera sobre la leyenda de San Julián el Hospitalario, que es espeluznante, porque Julián antes de ser santo, mata a su padre y a su madre, por equivocación como Edipo (en realidad, es la misma leyenda griega). Veremos. Dijo que iba a venir a Buenos Aires, pero aún no ha venido porque está en Chile dando conciertos de órgano (17-06-1954).

Con el mismo músico, “profesor de la Universidad de Mendoza”, cuyo nombre no llega a revelar, trató de poner música a otra de sus obras, *Tragedia de la perra vida*, que sus amigos y ella misma consideraban “una pequeña obra maestra”. Pero tras enviarle una copia “a ver si se decide hacer algo con ella” (carta a Collice Portnoff, 12-09-1954), volvió a ver sus ilusiones defraudadas.

Otro campo en el que Mendoza tuvo cierto protagonismo para María Lezárraga fue el del teatro universitario. En una carta a Collice Portnoff de finales de ese mismo año 1954, se quejaba de que en Buenos Aires “una compañía” estaba representando *Canción de cuna*, su obra más emblemática, “pero la hacen tan mal que me da vergüenza hasta ir a verla”; y añadía: “En cambio, en un Teatro Experimental de la Universidad de Mendoza la hacen muy bien, pero, como siempre sucede en los teatros universitarios, la dan solo de cuando en cuando” (8-11-1954). No hemos podido hallar más datos sobre estas representaciones.

Su relación con Mendoza finalizó de manera inesperada, entre el grato recuerdo de un viaje en el moderno tren El Cóndor y el susto de un desastre aéreo del que se libró milagrosamente, tal como le comentaba a su familia en su carta del 21 de mayo de 1954:

De Mendoza vine en un tren que están probando y que tarda catorce horas en vez de veintiséis porque no es de locomotora sino de motor. Ya le había probado en Francia entre Niza y Marsella. Aquí se llama El Cóndor; allí se llamaba La Micheline. Pensé venir en avión. Dios me protegió, porque el que tal vez hubiese tomado se estrelló y perecieron los veinticinco pasajeros, entre ellos dos que salieron del hotel en que yo estaba (Lezárraga, 2021, p. 256).

Aunque le había anunciado a María Lacrampe que iba a volver a Mendoza cuando “pasen las fiestas” de Navidad (18-12-1954), finalmente renunció al viaje a causa de la suspensión de los trenes rápidos a la ciudad. En febrero de 1955, en dos cartas casi consecutivas a su familia, explicaba sus razones: por un lado “las comunicaciones son difíciles”, y “no tengo valor para pasarme más de veinticuatro horas en un tren sin refrigerar sobre el interminable desierto de polvo de La Pampa”; y por otro, en Buenos Aires “con las lluvias torrenciales, el tiempo ha refrescado bastante” (Lezárraga,

2021, pp. 274-275). No regresó nunca, aunque sí conservó recuerdos y contactos con Mendoza y sus habitantes. En otra carta de septiembre de 1959 recomendaba a su hermano que cuidara de una muchacha, Pepita Fernández Nespral, que iba a pasar un año con una beca en España, porque sus padres, “que viven en Mendoza, se han portado conmigo admirablemente, y tengo que agradecerles muchas atenciones de todas clases: el padre es asturiano” (Lejárraga, 2021, p. 342).

Referencias bibliográficas

- Aguilera, J. (2011). Las fundadoras del Lyceum Club Femenino Español. *Brocar*, (35), 65-90. <https://doi.org/10.18172/brocarr.1595>
- Aguilera, J. (2012). María Martínez Sierra, traductora: una lectura del teatro contemporáneo. *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 37(2), pp. 9-36.
- Aguilera, J. (2016). María Martínez Sierra (1874-1974): el noble oficio de la traducción. En Dolores Romero López (ed.), *Retratos de traductoras en la Edad de Plata* (pp. 59-86). Escolar y Mayo Editores.
- Aguilera, J. (2022). Exilio y teatro de María Martínez Sierra. En M. Aznar Soler y J.-R. López García (Eds.), *El exilio teatral republicano de 1939 en Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay* (pp. 287-315). Renacimiento.
- Aguilera, J. (2023). Introducción. En M. de la O Lejárraga (María Martínez Sierra), *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración* (pp. 7-101). Renacimiento.
- Aguilera, J. (2024). Aprender un oficio nuevo a los 90 años: María Lejárraga (María Martínez Sierra) y la radio en su exilio porteño. *Enclaves*, (3), 54-73. <https://doi.org/10.12795/enclaves.2023.i03.04>
- Aguilera, J. y Lizarraga, I. (2010). *De Madrid a Ginebra. El feminismo español y el VIII Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer*. Icaria.
- Lejárraga, M. de la O. (2021). *Epistolario del exilio. Cartas familiares (1939-1969)* (J. Aguilera Sastre, I. Lizarraga Vizcarra y A. González Lejárraga, Eds.). Renacimiento.
- Lejárraga, M. de la O. [María Martínez Sierra]. (2018). *Viajes de una gota de agua*. Renacimiento.
- Lejárraga, M. de la O. [María Martínez Sierra]. (2019). *Una mujer por caminos de España. Recuerdos de propagandista* (J. Aguilera Sastre, Ed.). Renacimiento.
- Lejárraga, M. de la O. [María Martínez Sierra]. (2023). *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración* (J. Aguilera Sastre, Ed.). Renacimiento.
- Lizarraga, I. (2004). *María Lejárraga, pedagoga. Cuentos breves y otros textos*. Instituto de Estudios Riojanos.

Lizarraga, I. (2013). El color de la nostalgia (María Lezárraga y Buenos Aires). En M. T. González de Garay y J. Díaz-Cuesta Logroño (Eds.), *El exilio literario de 1939. 70 años después* (pp. 255-264). Universidad de La Rioja. <http://publicaciones.unirioja.es/catalogo/online/Exilio1939/portada.shtml>

Martínez Sierra, M. (2006). *Ante la República: conferencias y entrevistas (1931-1932)* (J. Aguilera Sastre, Ed., Not., Intr.). Instituto de Estudios Riojanos.

Martínez Sierra, M. (2009). *Cómo sueñan los hombres a las mujeres* (I. Lizarraga Vizcarra y J. Aguilera Sastre, Eds.). Instituto de Estudios Riojanos.

Martínez Sierra, M. (2009). *Tragedia de la perra vida y otras diversiones. Teatro del exilio [1939-1974]*. Renacimiento.

Martínez Sierra, M. (8 de enero de 1957). Buenos Aires, espejo, espejuelo, espejismo de Europa. *Maribel* (Buenos Aires), pp. 6, 7 y 10.

Rodrigo, A. (2024). *María Lezárraga. Una mujer en la sombra* (A. Correa y J. Carlos López Gamboa, Eds.). Editorial Universidad de Granada.

Isabel Lizarraga Vizcarra es Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza y en Derecho por la Universidad de La Rioja.

Juan Aguilera Sastre es Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza. Investigadores y estudiosos de la literatura española de la Edad de Plata, además de diversos trabajos individuales, han publicado conjuntamente libros como Federico García Lorca y el teatro clásico. La versión escénica de *La dama boba* (2002, reed. 2008), *De Madrid a Ginebra. El feminismo español y el VIII Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer* (2010), y tres volúmenes sobre la labor periodística de Clara Campoamor: *La fuerza de una feminista* (2019), *Del Foro al Parlamento* (2021) y *Clara Campoamor de viva voz* (2021). Han dedicado numerosos estudios a la vida y obra de María Lezárraga, desde la pedagogía y la dramaturgia hasta el feminismo, la política o el exilio. Han editado los volúmenes María Martínez Sierra y la República: *Ilusión y compromiso* (2002), *María Lezárraga, pedagoga: Cuentos breves y otros textos* (2004), *Ante la República: Conferencias y entrevistas (1931-1932)* (2006), *María Martínez Sierra: Feminismo y música* (2008), *Cómo sueñan los hombres a las mujeres* (2009), *Tragedia de la perra vida y otras diversiones. Teatro del exilio [1939-1974]* (2009), *Viajes de una gota de agua* (2018), *Una mujer por caminos de España* (2019), *Epistolario del exilio. Cartas familiares [1939-1969]* (2021), *Cartas a las mujeres de España* (2022). Feminismo, feminidad (2023), *Canción de cuna* (2024) y *Nuevas cartas a las mujeres* (2024). Como novelista, Isabel Lizarraga ha convertido a la feminista riojana en protagonista de sus novelas *Cándida* (2012) y *Luz ajena. El enigma de María Lezárraga* (2020).